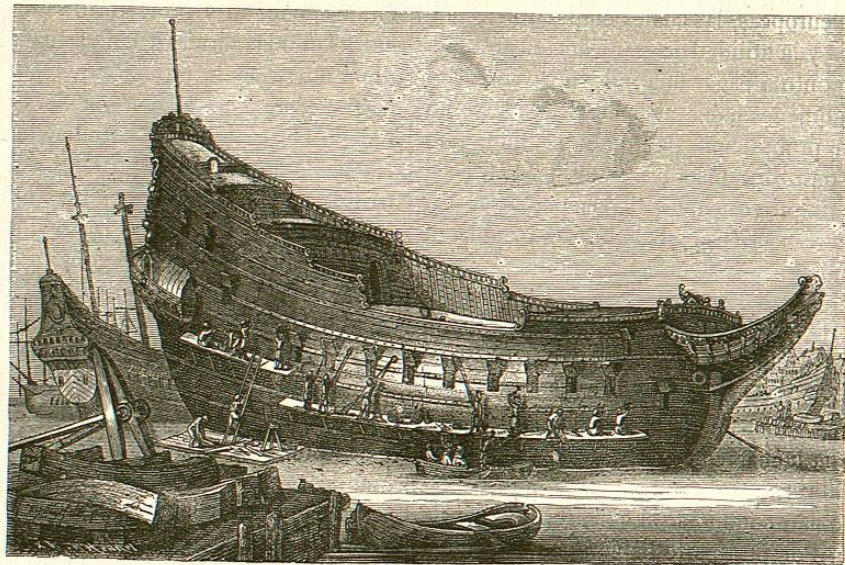


mercantiles, pues á los Estados ingleses se les hacia insopor- table la preponderancia que los holandeses habian adquirido en los mercados del mundo. Durante el reinado de los Estuardos la marina inglesa habia perdido mucho de su importancia, mientras que la holandesa se habia apoderado de casi todo el comercio de expedicion y traslado de un punto á otro de las mercancías extranjeras, y hasta los mismos negociantes ingleses confiaban muchas veces sus mercancías á los transportes de Amsterdam con preferencia á los de Lóndres. Este predominio de la marina holandesa era tanto mas sensible, cuanto que en gran manera favorecia á los realistas. La Virginia y las islas Barbadas en un principio permanecieron fieles á la monarquía, y así los productos del suelo fueron confiados por sus propietarios á transportes holandeses en odio á los buques de la madre patria, y muchos de ellos iban



Buque de guerra holandés en construccion. Segun un grabado de Venceslao Hollar, ejecutado á mediados del siglo XVII

na presa y conducidos á las costas de Inglaterra. Además se renovaron las antiguas cuestiones sobre las pesquerías, el saludo á los pabellones, y el derecho de visita y confiscacion, esto último con tanto mayor motivo, cuanto que el gobierno inglés sabia que muchas veces los realistas habian recibido material de guerra por conducto de buques holandeses.

Los Estados generales trataron aun durante algun tiempo de impedir un rompimiento, pues la derrota de Carlos II en Worcester les habia dado una nueva prueba de la vitalidad de la república inglesa y deseaban conservar su amistad. En diciembre de 1651 enviaron á Lóndres una embajada extraordinaria para ver de evitar las peligrosas consecuencias del acta de navegacion y reanudar de nuevo las negociaciones para la conclusion de una alianza; y si bien los enviados fueron recibidos con gran pompa, no pudieron cumplir el objeto de su mision. Por ambas partes se hizo cada dia mas violento el lenguaje y el populacho de Lóndres no quiso quedarse atrás del populacho del Haya en sus insultos á los extranjeros. El partido orangista deseaba la guerra porque creia que solo podia ganar en ella, y en ambos países se hacian los preparativos con celeridad asombrosa. La provincia de Holanda fué la que se adelantó mas, pues preparó una escuadra de ciento cincuenta buques, dió su mando al célebre almirante Van Tromp y embargó todos los buques ingleses que se hallaban en sus puertos. El 16 de mayo se presentó Tromp con una escuadra de cuarenta buques á la altura de Dover, donde encontró la escuadra de Roberto Blake, que solo tenia la mitad de buques que el almirante holandés. Este de-

claró que no iba en son de guerra, sino que se habia visto obligado á acercarse á las costas de Inglaterra á causa del mal tiempo; pero se negó á bajar el pabellon para saludar á la escuadra de un país vecino como se acostumbraba hacer en tales casos, y en vez de ello disparó una andanada contra el buque almirante inglés, por lo cual Blake exclamó: «Es muy impolítico el querer derribar las ventanas de mi buque como si fuera una casa vieja.» Preparóse, pues, en seguida para el ataque, dirigiendo sus cañones contra el «Brederoode» á cuyo bordo iba Tromp; y generalizándose la lucha, pelearon los ingleses con gran valor haciendo retirar al almirante holandés con pérdidas de dos buques.

Este suceso produjo la misma impresion que mucho tiempo despues causó el combate de Navarino. Se habian disparado ya los primeros cañonazos y nadie queria oír ni una palabra de paz. Así, aunque Adriano Pauw, gran pensionario de Holanda y muy relacionado en Inglaterra, se presentó en nombre de los Estados generales al Parlamento para excusar el «desgraciado accidente» y prometer una satisfaccion, recibió una respuesta altanera que hacia patente que en Inglaterra se deseaba el rompimiento, y le presentaron una cuenta de millon y medio de libras esterlinas en la que, refiriéndose á una larga serie de años, se incluian todas las pérdidas que habia sufrido Inglaterra por la enemistad de los holandeses. Trataba aun Pauw de obtener que se admitiera una nota comprobativa de los Países Bajos cuando los Estados generales juzgaron necesario hacer retirar á su embajador. Poco despues, el dia 7 de julio de 1652, el Parla-

mento inglés hizo su declaracion de guerra, á la cual siguió muy pronto la de los Estados generales.

Desde entonces en todos los puntos en que se encontraban buques holandeses y buques ingleses, ya fuera en aguas europeas ó en la cercanías de las colonias, se entablaba la lucha; pero en el canal fué donde se presentó con mas violencia y allí fué donde la jóven república recibió su bautismo de fuego, pues la escuadra holandesa era mas formidable que los buques piratas de los realistas, y los grandes héroes marinos de las Provincias Unidas tenian mayor importancia que el audaz príncipe del Palatinado. Mas pronto aprendieron los ingleses á rivalizar con sus temibles enemigos, no cediéndoles en nada respecto de la ligereza de los movimientos y la exactitud de las evoluciones y sobrepujándoles en la sólida construccion de sus grandes buques y en el alcance de sus cañones de bronce. El entusiasmo público no tuvo límites con el relato de los importantes combates navales que se verificaban, y se hicieron los mayores sacrificios para continuar el armamento, trabajando mancomunados el talento de organizacion del gobierno con el valor de los capitanes y de las tripulaciones. Mientras Blake dispersaba los buques holandeses que se dedicaban á la pesca del arenque en las costas de Escocia é islas vecinas, Jorge Ayscough, almirante experimentado, cubria la costa meridional de Inglaterra é impedía el comercio de los holandeses en el canal. Tromp quiso atacar á Ayscough, creyendo poder destruir con poco esfuerzo tan débil enemigo; sus propósitos causaron gran pánico en Lóndres; pusieron en pié de guerra las milicias de los condados de la costa y se armaron baterías á lo largo de la misma, pero una calma chicha impidió que los holandeses realizaran su plan.

Poco despues, habiendo mejorado el viento, Tromp se puso en marcha para ir en busca de Blake y destruir su escuadra, y le encontró en los primeros dias de agosto, entre la isla de Shetland y la de Orkney. Blake notó que se preparaba una borrasca y tuvo tiempo de poner sus buques en seguridad; en cambio la escuadra holandesa fué dispersada por la tempestad durante la noche, cubriéndose la mar de despojos de sus buques. Tromp, perseguido por los ingleses, regresó á su patria con cuarenta buques destrozados habiendo salido con ciento. Fué allí muy mal recibido hallándose el pueblo muy excitado contra él, y como era orangista, el partido dominante no solo no le defendió, sino que le relevó de su cargo, poniendo en su lugar á Miguel de Ruyter, hombre que no le cedia nada en genio.

De Ruyter, mas afortunado que su antecesor, obligó inmediatamente á la escuadra de Ayscough á que se refugiara en la bahía de Plymouth. Unido con Cornelio de Witt, á cuyas órdenes tuvo que ponerse, vióse obligado contra su voluntad á atacar á Blake, que se habia presentado en la costa de Kent, y á pesar de la heroicidad de los holandeses la jornada les fué fatal, teniendo que huir delante de Blake, que durante un par de dias pudo pasear su triunfo ante las costas enemigas. Esta derrota produjo una impresion tan profunda en los Estados generales, que se decidieron á dar nuevamente á Tromp el cargo de primer almirante, pues habia sido vencido solo por los elementos desencadenados y no por el enemigo, y además en la larga y violenta lucha con los españoles habia alcanzado lauros inmarcesibles. Los demás capitanes se pusieron de buen grado bajo sus órdenes, excepto Witt que se excusó con su salud delicada.

El gobierno inglés no estaba preparado para tomar la ofensiva durante el invierno, teniendo toda su atencion fija en los sucesos interiores. Blake, por su parte, habia tenido que mandar varios buques á algunos puntos amenazados, y los generales Monk y Dean que debian reforzarlo y unirse

con él, se hallaban ocupados aun en Escocia. Tromp aprovechó aquel momento, y se presentó con sus setenta y tres buques, contra los treinta y siete de Blake en la costa de Essex. El almirante inglés, en vez de huir, aceptó con gran audacia el combate el dia 2 de noviembre, y pagó cara su temeridad, corriendo él mismo grandes peligros, pues su buque salió muy atropellado del combate. Dos de los de su escuadra cayeron en poder de los holandeses despues de una lucha desesperada, y la mayoría de los demás perdió sus mástiles y sus obras muertas. Los restos de la escuadra inglesa se salvaron solo por haber oscurecido durante el combate, y fueron á refugiarse en la desembocadura del Támesis. Blake exigió que se abriera una rigurosa informacion, y presentó la dimision de su cargo; pero el Consejo de Estado imitó al Senado romano despues de la batalla de Cannas, y no hizo pagar su derrota al vencido, que conservó el mando y se dedicó inmediatamente á reparar los daños sufridos, á restablecer la disciplina y aumentar el número de buques y de tripulantes, mientras Tromp se paseaba orgulosamente por el canal, llevando una escoba en vez de bandera, para hacer ver que habia barrido el mar de enemigos.

En el mes de febrero de 1653, presentóse nuevamente Blake en alta mar con la escuadra inglesa mas poderosa que Inglaterra habia tenido hasta aquel dia, habiéndose vendido parte de los castillos y parques reales para la construccion de los buques. Penn y Lawson, Monk y Dean, soldados esforzados que ya se habian formado una reputacion por tierra ó por mar, operaban unidos con Blake, el cual pudo tomar el desquite del mes de noviembre de 1652. Durante tres dias, desde el 18 al 20 de febrero, se combatió en todo el ancho del canal, desde el promontorio de Portland hasta el cabo La Hogue, mostrándose gran valor por ambas partes. Los dos buques almirantes, el «Triumph» y el «Bederode», se atacaron mutuamente disparándose una lluvia de balas, siendo herido gravemente el mismo Blake. Entre el humo de la pólvora se veian fragatas que se hundian y otras que volaban, mientras en las orillas, la multitud ansiosa escuchaba el cañoneo. Finalmente, Tromp se vió obligado á abandonar el combate, y ganar las costas de su patria á lo largo de Francia.

La victoria definitiva estuvo aun algun tiempo indecisa entre ambos países, pero por fin el platillo de la balanza se inclinó en favor de Inglaterra. Los partidarios de la Reforma veian con tristeza cómo se destrozaban dos pueblos que tenian las mismas creencias; así fué que la Corona de Suecia y los Estados evangélicos de Suiza, ofrecieron su mediacion por medio de agentes diplomáticos. Verificóse entonces un cambio en el modo de ser del Estado inglés, cuya influencia no podia menos de sentirse en los asuntos exteriores, especialmente en la política de la guerra.

CAPITULO III

DISOLUCION DEL PARLAMENTO LARGO

Todo lo que se habia llevado á cabo en el interior del Estado inglés desde la caída de la monarquía, y lo que se habia hecho respecto de las potencias extranjeras, iba cubierto bajo la responsabilidad del Parlamento. En su nombre se procuró la paz y la tranquilidad, se administró la justicia, y se empleó el tesoro del Estado; en su nombre los generales vencieron á los irlandeses rebeldes, redujeron la Escocia á la obediencia, y arrojaron del país al pretendiente; y en su nombre sus almirantes pusieron en muy buen lugar el pabellon inglés y lucharon con los héroes holandeses. Por su consejo se publicó á principios de 1652 el acta de la amnistia que debia cicatrizar las heridas de la guerra y levantar las penas tanto corporales como pecuniarias impuestas á los realistas,

con tal que estos jurasen fidelidad á la república. Parecía, pues, que el Parlamento había disipado todos los peligros que pudieran amenazarle tanto del interior como del exterior; y sin embargo llevaba en sí mismo la semilla de la destrucción.

En primer lugar los mas miopes debían ver que aquel Parlamento, aquel «rabo de asamblea,» no tenía ningún derecho á considerarse como legítimo representante del pueblo, pues se había disminuido considerablemente el número de individuos que había tenido en su origen, y aun de los que habían quedado solo la mitad acudia regularmente á las sesiones, y entre ella y el Consejo de Estado se resolvían las cuestiones mas importantes. Así es que públicamente se



Sello del Parlamento de la República inglesa en 1651 (tamaño natural)

espresaba la queja de que una pequeña sociedad lo tuviese todo en sus manos y de que muchas veces se resolviesen en una conversacion particular, tenida en las habitaciones del presidente de la Cámara, los asuntos mas graves, mientras que las comisiones por motivos personales dejaban de ocuparse en el bien comun. El autor de un folleto que habla de las cosas de aquel tiempo dice: «Se tomaban disposiciones en que se atendía principalmente á los intereses particulares y se perdía el tiempo en cosas inútiles, mientras millares de pobres creyentes y de suplicantes eran desoídos y desatendidos en sus peticiones.» Además se levantaron acusaciones muy graves contra algunos de los miembros del Parlamento. La venta de las propiedades de la Iglesia y de la Corona, y el secuestro de las posesiones y de los bienes muebles de los realistas había sido provechosa á algunos, que utilizando su posicion política habían adquirido por poco dinero algun castillo ó bosque. De otros se decía que habían sido indulgentes con sus parientes y amigos ó que habían procurado alcanzar el perdón de ricos y generosos «delincuentes.» La presión del poder central de Londres se hacía sentir en los condados mas lejanos por medio de las temidas comisiones de provincias.

Bien es verdad que tales acusaciones no se dirigían contra los principales jefes del Parlamento, pues sus manos estaban limpias y su honor permanecía intacto, pero se decía de ellos que no hacían adelantar bastante la obra de las reformas. Muchos ánimos entusiastas habían puesto las mayores esperanzas en el advenimiento de la república, creyendo que daría lugar á un alivio en la situación de la Hacienda, mejoraría el derecho y aseguraría la independencia de la Iglesia. Pero las contribuciones fueron mucho mas crecidas que anteriormente á causa de la guerra que tuvo que sostener la república, pues el ejército y la marina costaban

mensualmente 120,000 libras esterlinas; la reforma del derecho encontró grandes dificultades, y á pesar de las muchas sesiones que en ello se emplearon, no pudieron modificarse la ley de pobres ni el código penal, muy rigurosos ambos. Además la solución de la cuestión político-religiosa estaba aun pendiente, habiéndose reservado interinamente el gobierno el derecho de examinar á los que debían enseñar la palabra de Dios y dejando combatir el sostenimiento del clero por medio de los diezmos y beneficios.

Si la política interior dejaba mucho que desear, aun para los mas celosos partidarios de la república, la exterior no merecía la aprobación de la mayoría, especialmente de los puritanos mas acérrimos. Era indudable que los gobernantes del día mostraban cierta enemistad contra Francia, favoreciendo los intereses de España; y sin embargo, ésta era aun considerada como el enemigo hereditario de la nación inglesa y como el primer vasallo de la Curia romana, pareciendo mucho mas peligrosa esta inclinación hacia el eminentemente católico reino del Sur, cuando se hacían mutuamente la guerra las principales potencias cristianas, guerra que llenaba de luto el corazón de los partidarios de la Reforma en toda Europa. Si tal era la opinión respecto del gobierno entre los partidarios de la república, ya puede figurarse qué sería lo que podrían decir los que desde un principio habían condenado el nuevo orden de cosas. Los episcopales y los presbiterianos estaban acordes en hacer ocultamente la oposición contra los jefes de los independientes. La causa de la monarquía iba ganando miles de partidarios, y en cuanto lo permitía la situación de la prensa se atacaba al mutilado Parlamento en verso y en prosa.

Los hombres que conservaban el ideal de constituir un Estado republicano que procurara á cada ciudadano libertad y satisfacción, al mismo tiempo que á la nación daba seguridad y fuerza, no dejaron de ver el peligro que amenazaba, y creyeron que la mejor manera de combatirlo sería convocar un nuevo Parlamento que con mayor autoridad que el existente pudiese tomar el nombre de representante del pueblo inglés. Esto era lo que había pedido el ejército inmediatamente despues de la caída de la monarquía; pero la multiplicidad de complicaciones que se presentaron entonces hizo que se pusiese de lado la petición, aunque sin olvidarla. Ninguno de los miembros civiles del gobierno tenía tan grande idea de la importancia de esta cuestión como Henry Vane, el cual si bien veía que había derecho para pedir la disolución del Parlamento, temía por la existencia de la república, si los miembros de dicho Parlamento no podían tomar asiento en la nueva Cámara. El ingenioso Henry Marten expresaba la misma idea comparando la nueva forma de gobierno con el niño Moisés; para cuya crianza se había llamado á su madre, y así el delicado y débil Estado libre, debía ser criado por los mismos que le habían dado el sér. Henry Vane presentó en 1650 un bill en el cual se proponía que los miembros de la Cámara que aun quedaban despues del expurgo de Pride, representaran en el nuevo Parlamento las ciudades y condados que ya habían representado una vez. Por lo demás el bill introducía grandes reformas, y si bien no quería Vane establecer el sufragio universal, pedía que se extendiera el derecho electoral concediéndolo á mayor número de ciudadanos de la clase media y dando á las elecciones un carácter mas igual. El derecho electoral debía sujetarse á un censo determinado y en cada condado la suma de los impuestos debía servir de base para fijar el número de representantes. Al mismo tiempo quitaba el derecho de tener representante á algun pequeño distrito mas traspasarlo á algunas ciudades que estaban insuficientemente representadas. Las proposiciones de Vane sirvieron de fun-

damento para las tareas de la Cámara, y esta determinó que el nuevo Parlamento constara á lo menos de cuatrocientos miembros. Discutiéronse los demás puntos del bill y finalmente fué este aprobado por partes, pero el tiempo iba trascurriendo y no se hablaba aun de la disolución del Parlamento.

La iniciativa de Cromwell fué la que trajo una solución. Cromwell á consecuencia de la importancia que le habían dado sus triunfos, era el hombre mas poderoso del Estado. Era el jefe y el ídolo de aquel ejército que hacía ya largo tiempo que había pedido la disolución del Parlamento. Vió el mal de que sufría la nación y se tuvo por llamado á curarlo con sus advertencias. El espíritu religioso que le dominaba le impulsó á tomar tal resolución, pero también influyó en él el sentimiento de su propia superioridad. En el tono que adoptó podía verse lo que le interesaba este asunto; mas también se hacía perceptible la alta opinión que tenía de sí mismo. «Está en vuestras manos, escribía al presidente de la Cámara, el honrar á Dios como se merece. Renunciad á vosotros mismos, pero no renunciéis vuestra autoridad; empleadla en humillar á los orgullosos y altivos que quieren siempre perturbar la tranquilidad de Inglaterra. Aliviad á los oprimidos, oid las quejas de los prisioneros y procurad remediar el mal uso del poder. Si hay gente entre vosotros que no repare en empobrecer á muchos para hacer ricos á unos pocos, decidles: «esto no debe pasar en una república.» Luego que hubo ganado la batalla de Worcester expresó en el mismo sentido: «Os ruego que dirijais todos vuestros esfuerzos á honrar á Dios, que tan maravillosamente nos ha salvado. Ojalá que la magnitud de su gracia nunca interrumpida no ocasionase orgullo y altivez, como ya sucedió en otra ocasión con un pueblo escogido. Que el temor de Dios sostenga al gobierno y al pueblo. Que la justicia, la probidad, la humildad y la verdad sean vuestro norte, en acción de gracias por su bondad.» Así regresó á Londres gozando del favor del pueblo. «Se le tiene, escribía el embajador florentino, como el hombre que el cielo ha enviado para consolidar la república.» Por otra parte se decía de él que procuraba aliviar las cargas de los súbditos y exigía que se observaran las leyes y se administrara justicia con toda imparcialidad. Poco despues de su presentación en el Parlamento renováronse los debates sobre la disolución y la introducción de un nuevo sistema electoral. Apenas habían transcurrido dos meses cuando la Cámara decidió el 18 de noviembre de 1651, que á lo mas sus sesiones podrían durar hasta el 3 de noviembre de 1654, habiéndose obtenido cuando menos que se fijase un límite á la duración del Parlamento, aunque demasiado lejano en opinión de Cromwell, de sus compañeros de armas y de muchos ciudadanos ingleses. También se conservó el acuerdo de que los miembros de la antigua Cámara tuvieran asiento en la nueva, á pesar de la oposición de Cromwell á esta tentativa de eternizar la estancia en el poder de los gobernantes de entonces. En su pecho germinaban ideas ambiciosas que no se atrevía á expresar claramente. Por aquellos tiempos, si se cree á Whitelocke, tuvo una conferencia con los oficiales mas notables y políticos mas eminentes, para preguntarles si la alianza con un elemento monárquico sería favorable para consolidar la existencia de Estado, procurando saber la opinión de cada uno.

El ejército, cuyo representante era Cromwell, tenía poderosos motivos para estar descontento del Parlamento mutilado. El ejército triunfador se hallaba poseído de aquel entusiasmo juvenil que quería concluir con los abusos del antiguo régimen y no estaba satisfecho de la parsimonia con que se procedía á la modificación de los Códigos. Con los brillantes

colores de la imaginación se había pintado una nación en la que debía haber mejor administración de justicia, menos contribuciones y la separación de la Iglesia y del Estado. Este ejército, sin embargo, había visto disminuir su importancia durante la gran guerra marítima que había llamado toda la atención del Estado sobre la escuadra; había sido reducido despues de restablecida la paz en Irlanda y Escocia y reinaba la opinión de que convendría licenciar algunos regimientos y hacer menos numerosas las guarniciones. Así se temía que la nueva ley electoral daría ocasión á los enemigos de la república—que debía su existencia á la fuerza de las armas—de introducirse en el gobierno para perderla. Bajo este punto de vista no había diferencias entre el ejército y los Comunes, todos estaban acordes en que no debía procederse ciegamente á la disolución del Parlamento. El día 12 de agosto de 1652, el mismo día en que la Cámara trataba de nuevo la cuestión de la reducción del número de tropas, tuvo efecto una reunión de oficiales en Whitehall para dar forma exterior á los deseos del ejército, y al día siguiente seis oficiales se presentaron en el Parlamento para entregar una extensa petición. En ella declaraban que se habían inspirado varias veces en el Señor y se habían ocupado en el bien del Estado, y recomendaban al Parlamento lo que segun su opinión era mas necesario: principalmente que se alejara á los pastores indignos y se sustituyeran los diezmos por otro medio para sostener los curatos; que se procediese á la reforma del derecho; que se decretase la separación de los empleados codiciosos é inmorales; que se disminuyeran las contribuciones; se mandara satisfacer á los acreedores del Estado; se pagaran los sueldos atrasados y se mejorase la administración de la Hacienda. Su última recomendación era que se procurase que para el nuevo Parlamento fueran elegidos solo aquellos diputados de cuya fidelidad y modo de pensar se estuviese seguro. El Parlamento aceptó la petición con todas las muestras de deferencia y la entregó á una comisión de la cual formaba parte Cromwell, dando las gracias á los oficiales por su celo; pero muchos miembros del Parlamento no hicieron ningún secreto de su mala voluntad. Entonces empezó una guerra oculta entre la asamblea de Westminster y el poder armado, y observadores extranjeros expresaron el temor de que la cuestión se decidiera por la fuerza.

Las exigencias de los oficiales dieron por resultado el renovar las discusiones sobre un bill de reforma que hasta entonces había tenido un carácter poco activo. Pero el curso lento de los debates no podía satisfacer á Cromwell ni á sus compañeros de armas, los cuales celebraron varias conferencias con importantes miembros civiles del Parlamento sin poder llegar á un acuerdo, cediendo solo en un punto la asamblea, que fué en señalar para su disolución el 3 de noviembre de 1653, en vez del 3 de noviembre de 1654. En cambio se tomaron una serie de resoluciones opuestas á los deseos manifestados por los oficiales. Las condiciones que se fijaron para ser elector les parecieron que eran favorables para los presbiterianos y realistas. Todos los miembros del Parlamento mutilado debían formar parte del nuevo sin sujetarse á reelección, y ellos solos tenían el derecho de juzgar de la validez de las elecciones, de modo que la composición de la futura asamblea estaba completamente en sus manos. Como Cromwell dijo despues, aquel Parlamento hubiera sido solo «una continuación» del disuelto bajo la apariencia de «una nueva representación.» Quizá los políticos que dirigían los negocios tenían derecho, bajo su punto de vista, de dar tal carácter al bill de reforma, pero para los hombres de espada aquel procedimiento era «un abuso de confianza.» Cuanto mas tiempo había durado el deseo de evitar la cuestión de la disolución, tanto mas culpable les pare-

cia entonces la prisa con que se había procedido á la aprobacion de la nueva ley electoral.

Cromwell se reunió con sus amigos para ver cómo se podría evitar el amenazador acontecimiento. ¿Quién podría decir las resoluciones que adoptó en su interior, las dudas de que se halló oprimido? Tuvo que pasar porque se disminuyera el número de las tropas á principios del año 1653, y los triunfos de Roberto Blake amenazaban con oscurecer los suyos. El Parlamento apoyado en las recientes victorias de la marina, había tomado una actitud altanera respecto del ejército, que había sido quien le había dado el poder. Un diplomático veneciano dice que oyó que se le había dicho á Cromwell que algun día el Parlamento le cerraría las puertas, y añade que el general contestó: «Si á mí el Parlamento me cierra las puertas un día, yo otro día se las cerraré al Parlamento.» En esta situacion, Cromwell, empujado principalmente por dos de sus compañeros, tomó la resolucion de obrar. El uno era el mayor general John Lambert, quien había pasado del estudio del derecho á la práctica de las armas y que se había distinguido ya en varias batallas, no pudiendo perdonar al Parlamento que no le hubiese dado los poderes que á Ireton ni le hubiese mandado á Irlanda, á donde quería ir. Era un hombre orgulloso, que parecía preferir el bien y la voluntad del ejército á todo lo demás. El otro era el mayor general Tomas Harrison, que se había distinguido contra los escoceses, naturaleza entusiasta que había abrazado las creencias de los anabaptistas, en la esperanza de una próxima regeneracion política y religiosa de su pueblo, para la cual, á su juicio, el principal obstáculo era la existencia del Parlamento largo. El Parlamento se ocupaba en concluir el bill de reforma que debía ser aprobado en totalidad el 20 abril de 1653. Todavía entonces los jefes del ejército trataron de hacer valer su modo de pensar de una manera pacífica. En la noche del 19 se celebró una importante reunion en casa de Cromwell, á la cual asistieron unos veinte de los mas notables miembros civiles del Parlamento. Los célebres juristas Whitelocke, Windington y St. John habían aceptado la invitacion y probablemente concurrió también Henry Vane, á quien no podían ocultarse los peligrosos deseos de los afiliados. En nombre de estos tomó la palabra Cromwell para expresar sus temores, y se le contestó que realmente solo podía obtenerse la salvacion del Estado continuando el Parlamento existente, con lo cual se puso de manifiesto en qué sentido se comprendía el bill de reforma. A los oficiales les descontentó tal respuesta é hicieron la contraproposicion de que se nombrase una junta de gobierno interina, compuesta de unos cuarenta miembros tomados del Parlamento y del ejército, que debía durar hasta que se creyese que podía procederse sin peligro á la eleccion de otro Parlamento. Ante todo debía disolverse pronto el Parlamento mutilado. Uno de los del elemento civil, St. John, se puso al lado de los militares; pero los demás pusieron muchas dificultades fundadas en la constitucion y se negaron á continuar las negociaciones sin consultar con sus amigos. Se levantó pues la sesion muy tarde, y varios miembros prometieron á los oficiales que se suspenderían los debates sobre la aprobacion del bill de reforma hasta que pudiese verificarse una nueva conferencia.

El 20 de abril por la mañana reuniéronse en casa de Cromwell algunos de sus compañeros de armas y un par de miembros del Parlamento, y se discutía de nuevo el tema de la noche anterior, cuando Cromwell recibió la noticia de que en Westminster continuaba la discusion sobre el bill de reforma y se trabajaba á toda prisa para terminarla. Esta noticia, confirmada por varios mensajeros que llegaron sucesivamente, llenó de ira á los oficiales; Harrison, como miembro de la Cámara, había tratado de impedir que se

discutiera el bill, pero la mayoría no quiso hacer caso de sus advertencias. Uno de los coroneles dió á entender á Cromwell que si quería tomar alguna resolucion enérgica no tenía tiempo que perder. Cromwell se puso en camino hacia Westminster, acompañándole Lambert y otros oficiales y una seccion de soldados que recibió orden de apoderarse de los alrededores de la sala de sesiones. Cromwell entró vestido de paisano con traje negro, se sentó en su sitio acostumbrado y escuchó la discusion; pero al poco rato hizo una seña á Harrison y le dijo al oído que le parecía venido el momento de disolver la Cámara. Sin embargo esperó al momento preciso en que iba á procederse á la votacion decisiva. «Ha llegado la ocasion dijo á uno de sus confidentes; debo hacerlo.» Pidió entonces la palabra y pronunció un discurso en cuyo principio hizo mencion de los servicios que había prestado el Parlamento; pero pronto cambió de tono y habló de la falta de probidad y del egoismo de varios miembros, acusó á la Cámara de que quería declararse permanente y declaró que Dios había escogido instrumentos mas dignos para llevar á cabo sus propósitos. Cuando se le interrumpió echándole en cara un lenguaje tan agresivo exclamó: «Basta, quiero poner término á vuestra palabrería.» Con la cabeza cubierta se puso en medio del salon hablando de un modo apasionado. Dijo que el Parlamento había durado demasiado sin cumplir lo que había prometido. Se dirigió entonces particularmente á varios miembros llamando borracho al uno, imbécil al otro, etc., y preguntando qué era lo que podía esperar el bien público de tales hombres. «Ya no sois Parlamento, dijo al concluir, quiero poner término á vuestras sesiones.» Exigió del presidente que abandonase su silla, y cuando este declaró que solo el Parlamento podía mandarle, Cromwell dió orden al coronel Harrison para que abriera las puertas. Entonces entraron dos secciones de mosqueteros. Henry Vane se levantó exclamando: «Esto es contra el honor.» Y Cromwell contestó: «Oh sir Henry Vane!, el Señor me libre de sir Henry Vane;» y dió orden á los soldados de que se llevaran «aquel juguete,» señalando el cetro de la Cámara. Harrison cogió al presidente por la mano y le hizo levantarse de su asiento; los demás miembros abandonaron el salon unos despues de otros. «Vosotros mismos me habeis obligado, exclamó Cromwell; días y noches he rogado al Señor que me quitara la vida antes de verme precisado á cometer esta accion.»

Se cerraron las puertas y el bill que iba á votarse quedó en manos de Cromwell. De regreso á Whitehall dió cuenta á los oficiales reunidos de lo que había sucedido, y por la tarde, dirigiéndose con Lambert y Harrison al Consejo de Estado, que se hallaba reunido bajo la presidencia de Bradshaw, le negó el derecho de continuar desempeñando su cargo, pues que el Parlamento, segun sabia, había sido disuelto. Bradshaw contestó que verdaderamente sabia el Consejo lo que había sucedido, pero que el Parlamento no podía ser disuelto por ningun poder del mundo sino por su propia voluntad. También protestaron otros miembros del Consejo de Estado, pero todos cedieron á la fuerza. Pronto fué nombrado otro poder ejecutivo con Cromwell á su cabeza y compuesto de trece miembros, cuya mayoría eran oficiales superiores. A la puerta del Parlamento se encontró un letrero que un bromista puso en la noche del 20 al 21 de abril y que decía: «Se alquila esta casa, hoy desamueblada.»

CAPITULO III

EL PARLAMENTO PEQUEÑO—INSTITUCION DEL PROTECTORADO

Se cuenta que Cromwell, despues de la disolucion del Parlamento largo, había dicho á los oficiales: «Cuando fui á la

Cámara no pensaba hacerlo, pero cuando noté que el espíritu del Señor obraba con tanta fuerza sobre mí, no quise tomar por mas tiempo consejo de la carne y de la sangre.» No merece gran confianza el origen de esta relacion; pero aunque fuese cierta, sería imposible creer en la verdad de las palabras de Cromwell, pues lo que había sucedido se veía perfectamente que había sido preparado de antemano. Por la mañana durante la conferencia quizás creyó Cromwell que se obtendría una suspension de lo que temía y que podría encontrarse una solucion pacífica de la cuestion. Pero cuando recibió el mensaje de que continuaba la discusion del bill de reforma; cuando se decidió á ir llevando consigo los soldados y penetró en la sala de sesiones, entonces de seguro que su intencion era intentar un golpe de fuerza contra el Parlamento. Posteriormente excusó repetidas veces el paso que había dado con la «necesidad,» pero el poeta no olvidó el decir que esta es la «razon justificativa de los tiranos.»

El resultado fué que no habiendo retrocedido Cromwell ante la responsabilidad del hecho, tomó ante la nacion el compromiso de hacer lo que el Parlamento no había sabido ó no había querido hacer. La proclama en que exponía los motivos que le habían obligado á disolver el Parlamento fué aprobada por muchos. Los jueces, jefes, corregidores y demás empleados continuaron en sus cargos como si nada hubiese sucedido, y Cromwell, recibió felicitaciones de la clase media, en las cuales se le daba el nombre de nuevo Moisés que debía guiar el pueblo de Dios y se aplicaban á los miembros del Parlamento disuelto las palabras del salmista: «No os glorieis tanto de vuestro poder, no habéis con tanta obstinacion.» El ejército de Escocia alabó la accion verificada, diciendo que había «alegrado el corazon de miles de personas;» el de Irlanda se sometió sin vacilacion, y los jefes de la escuadra, mientras Blake con algunos buques cruzaba por las costas de Escocia, dieron á conocer su adhesion. El mismo almirante, fogoso republicano, declaró á algunos de sus capitanes que él nada tenía que ver con la política, sino que su mision era combatir al enemigo, y á alguno de sus oficiales les dijo que el acto de fuerza cometido por Cromwell era la «aurora del día de la libertad.» Algunos aldermen de la City pidieron que se permitiera al Parlamento que continuase sus sesiones, pero se les obligó á callar por medio de una contra peticion, mientras el Lord corregidor enviaba á Cromwell una espada en signo de sumision.

Uno de los embajadores extranjeros escribió en aquella ocasion á su país: que Cromwell aceptaría el título de Protector y gobernaría la nacion al frente de veintin «conservadores de la república,» y otro manifestaba su asombro de «la calma, buena voluntad y falta de desórdenes con que se había verificado aquel cambio inesperado.» «Con este gobierno, añadía, todos los asuntos se resuelven mas pronto y mejor que con el anterior Parlamento, cuyo egoismo é infidelidad se hacian mas visibles cada día. A algunos de sus miembros se les obligará á rendir cuentas y alguna esponja muy henchida quedará completamente exprimida.»

Sin embargo, el nuevo gobierno se mostró muy moderado en todos sentidos y no procedió á acusaciones y condenas como unos habían deseado y otros temido. El trato personal de Cromwell era muy agradable, pues se esforzaba en ser «amable con todo el mundo, procurando ganarse la voluntad de los que se le acercaban,» haciéndose notar que se esforzaba en merecer buena opinion de los nobles y de los realistas. Aparte del Consejo de Estado nuevamente constituido, se apoyaba en el consejo de oficiales. De este procedió la orden de que la contribucion para pagar al ejército y la ma-

rina continuara cobrándose, aun pasado el tiempo para que fué votada. Por medio de la misma cooperacion se procedió á la formacion de un nuevo poder que diera las leyes, pues si bien los jefes del ejército habían tomado sobre sí el dispensar el Parlamento largo, no querían que se creyera que querían conservar siempre en sus manos el mas alto poder del Estado. Volvieron pues á una idea expresada ya anteriormente y que les parecía aceptable: «nombrar personas llenas de temor de Dios, de honradez y de fidelidad probada, que cuidasen de la paz, de la seguridad y de la buena administracion de los intereses del Estado.» El mayor Harrison, cuya cabeza estaba llena de recuerdos del antiguo Testamento, hubiera deseado que el número de los nombrados se elevara á setenta, pues que el Sanhedrin de los judíos había tenido el propio número; pero finalmente se acordó que lo constituyeran casi el doble número, por que debía contener cierto número de enviados de Escocia é Irlanda. El consejo de oficiales se puso en relaciones con los «bien pensantes,» especialmente con los mas celosos miembros de los municipios donde dominaban los independentes que se tenían por instrumentos del Señor. Cromwell, como capitán general y comandante supremo de todas las fuerzas activas de la nacion, dió á cada uno la orden de hallarse el 4 de julio en la cámara del Consejo de Whitehall.

En sustitucion del Parlamento se constituyó, pues, una Asamblea de puritanos notables, que debía llevar la revolucion á buen término y dar cumplimiento á las esperanzas de los creyentes. Así como los ánimos exaltados del siglo xvi habían soñado en establecer en la tierra el imperio de Dios, del mismo modo los entusiastas ingleses pensaban haber llegado al término de sus deseos. «Despues de tantos sufrimientos y males, empezaba una exposicion dirigida á Cromwell, despues de tantas luchas entre los poderes mundanos y los instrumentos de Cristo, por fin se acerca la hora del nacimiento de la tan deseada reforma.» «El Señor te ha escogido, decíase en otra, para romper el yugo y dar libertad á los oprimidos.... La justicia y la verdad te ciñan; descansa en tí un fuerte sentimiento de la sabiduría, de la prudencia y del celo, y el poder de Cristo te apoye; la mano de Dios que hasta ahora te ha ayudado esté siempre contigo.»

Empapados en estas ideas se reunieron en el día determinado los que habían sido invitados por Cromwell. Los realistas habían agotado su sátira contra el Parlamento pequeño, llamándole por burla Parlamento Barbone, del nombre de uno de sus miembros, comerciante en cueros que se distinguía por sus extravagancias y se reía de la categoría y del lenguaje puritano de sus colegas; pero entre el número de los demás estaban Roberto Blake y algunos hombres de origen elevado, soldados distinguidos y comerciantes acaudalados. Aunque los hombres de experiencia y de educacion política estaban en minoría respecto de los fanáticos, estos estaban muy lejos de ser como los anabaptistas de Munster.

Cromwell, rodeado de varios de sus oficiales, saludó á la Asamblea con un discurso solemne. Es el primero de sus discursos que da idea clara de su talento especial. En ellos se ve que iba preparado respecto de lo que debía decir en conjunto, pero que en los detalles se fiaba á la inspiracion del momento. Su lenguaje es á menudo el de un soldado, pero otras veces es el de un hombre de Estado, que mide prudentemente sus palabras, hace distinciones y se contenta á veces con ligeras indicaciones; pero nunca fué elegante ni abundó en brillantes imágenes. El espíritu religioso que dominaba al orador se manifiesta en frases místicas difíciles de comprender para el lector moderno.

En aquel momento en que el general se presentaba delante de los escogidos se encontraba con la difícil mision de